

AMBROSIO BERNABEU MACIÁ



Ambrosio Bernabeu Maciá, hombre clave en el desarrollo de la industria zapatera ilicitana, conserva frescas en su memoria multitud de vivencias que constituyen buena parte de la historia de la ciudad durante este siglo. Desde sus inicios como operario, muy joven, hasta su retiro como empresario, cuando pasó el testigo generacional a sus dos hijos, Rafael y Mariano, este auténtico pionero protagonizó la evolución y el desarrollo de la industria local.

Ambrosio Bernabeu Maciá, nació en Elche el 7 de abril de 1905. Su primer colegio estuvo en la calle Ramón y Cajal, " junto a la fábrica de Serrano, y cuando salíamos de clase, nos íbamos a ver las obras del Pont Nou que se estaban realizando por aquellos años ". No pasó de estudios primarios y bien joven comenzó a trabajar en el calzado, actividad que no abandonó, primero como operario y después como empresario, hasta su jubilación en 1976. Su esposa, Antonia Moya, falleció hace tres años.

El entrevistado nos recibe en el salón de estar de su casa, muy rococó, y viste una elegante bata corta granate, con ribetes grises, pantalón oscuro, camisa blanca y corbata negra, en franca armonía con el entorno. Se sienta en una preciosa butaca mientras se apoya con ambas manos en la cruz de un bonito bastón, aún cuando prescinde de él al levantarse. Salvo algunas lagunas relativas a fechas de acontecimientos, mantiene muy lúcida la mente al relatar la intensa película de su vida.

Pregunta: Usted, como otros muchos ilicitanos de su generación, comenzó a trabajar muy joven.

Respuesta: Sí, en la fábrica de David, hermano de Paco, que tenía una tienda de zapatos en la calle Solars. Estaba ubicada por la calle Alfonso XIII, frente a una yesería, que cogía cerca de mi casa, en la calle Olivereta, hasta que fue pasto de las llamas en un incendio. Por cierto, se produjo cuando yo estaba en el Kursaal, donde me enteré y fui corriendo a presenciarlo.

P: ¿Cuál fue su trayectoria profesional posterior?

R: Estuve en esa fábrica y luego en la de Viuda de Pérez, frente al

Palacio, de donde posteriormente pasé a la de Tibi, Soler y Cía., en la que más tarde entraría como socio Micó. Hasta 1935, en que al faltar mi padre, pasé a la fábrica de alpargatas que tenía, donde ya antes iba a echarles una mano cuando terminaba mi jornada laboral. Hacíamos dos modelos, salón y bebé, que tenían mucha aceptación.

La guerra

P: Y llegó la guerra civil, en la que usted participó, llegando a ser oficial, concretamente teniente, del bando republicano.

R: Me incorporé a filas para defender al Gobierno legalmente constituido. Estuve primero en Albacete, después en Mejorada del Campo, y de allí a Madrid, en cuya Brigada 42 permanecí todo el tiempo, llegando a resultar herido en tres ocasiones. En la tercera una bala me atravesó el brazo, dejándome inútil y me afectó también al pulgar de la mano izquierda.

P: No fueron éstas las únicas secuelas que la guerra civil dejó en usted.

R: En efecto, ya que al cesar la contienda y volver a casa, fui encarcelado durante 19 meses, primero en el Palacio, después en la número 2, y posterior regreso a Palacio. Con posterioridad, a lo largo de muchos años, tuve que sufrir las inevitables presentaciones a la Guardia Civil, para demostrar que seguía viviendo y durmiendo en casa.

P: En cualquier caso, con el regreso a casa, retomó la actividad empresarial, que había iniciado en los albores de la guerra.

R: Sí, tras desaparecer la fábrica de mi padre, había pasado a la que estaba a nombre de mi madrastra, Viuda de Rafael Bernabeu, en Mariano Benlliure, frente a la fábrica de Bonastre. Al faltar la viuda, nos separamos los hermanos, y pasé a la calle Diego Fuentes Serrano, ya a mi nombre. Por entonces tenía un centenar de operarios. Continué posteriormente con la denominación de Siober, hasta que me jubilé en el año 1976, cogiendo las riendas mis hijos Rafael y Mariano.

Empresarios

P: ¿Cómo ha cambiado la figura del empresario desde aquellos albores de la industria hasta hoy?

R: Entonces, el mestre, que es como llamaban al empresario, era un operario más, incluso el que más trabajaba, sin mirar nunca horarios. Conservo fotografías de almuerzos que realizábamos, con una total armonía. Pero de todas formas, el industrial ilicitano siempre será un auténtico

sacrificado por su empresa.

P: ¿ Con qué problemas más acusados se enfrentó en sus tiempos de fabricante ?.

R: Posiblemente con uno que quisieran para sí todos los fabricantes, llegar al extremo que los viajeros no pudieran vender más al no poder servirles. La verdad es que siempre he podido dar salida a lo que fabricaba. Con Siober, que fue cuando se introdujo la especialidad de inyectado, trabajábamos exclusivamente con cuatro o cinco modelos. Incluso en el cambio de temporada, seguíamos trabajando a toda marcha para almacenar, y aun así, no siempre podíamos cumplir. Era fabricación a base de plástico. Después, ya en Rymber, se introdujo la piel, y facturábamos por el orden de 20.000 a 30.000 pares semanales.

P: ¿ Y con los operarios ?.

R: En absoluto. Siempre conservé la plantilla, nunca tuve que cerrar ni reducir el número de empleados, y jamás tuve que enviar a nadie al paro. La verdad es que no veo muy claro eso de que se cierren fábricas y vuelvan a abrirse con otro nombre, despidiendo al personal, pero cuando los hombres lo hacen, por algo será.

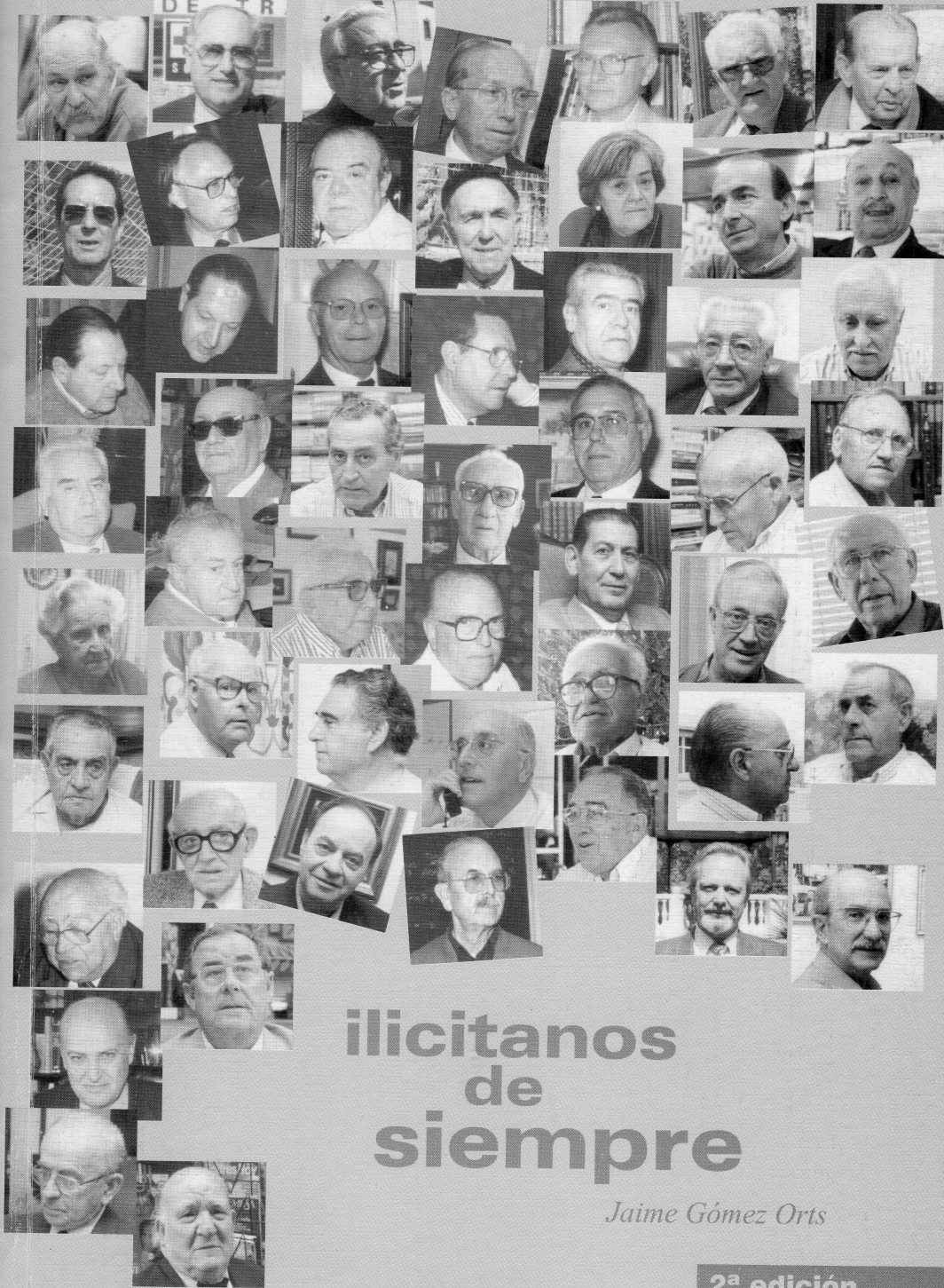
P: ¿ Había también crisis en su época ?.

R: En todas las épocas ha habido crisis en el calzado. Yo creo que la gente se queja por vicio; el nivel de vida actual, es sin duda alguna, el mejor de todos los tiempos. He visto construir cuatro puentes, y crecer Elche de forma espectacular. Creo que en verdad ha valido la pena vivir la vida. Jamás he sido político, y lo único que lamento es que haya gente que confunda la libertad con el libertinaje.

Lotería

P: ¿Cuál ha sido la cosa más insólita que le ha ocurrido en la vida ?.

R: Posiblemente sea una muy grata, como fue que me tocara el gordo de la Lotería Nacional. No en sí porque tal cosa ocurriera, que le puede suceder a cualquiera, sino porque llamé a la administración de Campello, y le pregunté a Asunción si tenía el número 1251, y al decirme que sí, le pedí una serie, pero me respondió que sólo le quedaban 7 décimos, que adquirí. Fue en el sorteo del 25 de junio de 1969, y me correspondieron 1.400.000 pesetas. Llevaba ese número en la cabeza desde que en una ocasión le tocó a Pepico Micó, aunque a él fue menos cantidad. Me dio la corazonada, y ya ves si acerté.



ilicitanos de siempre

Jaime Gómez Orts

2ª edición